

LUCIANA PEKER
SEXTTEAME

AMOR Y SEXO EN LA ERA DE
LAS MUJERES DESEANTES

LUCIANA PEKER

SEXTAME

AMOR Y SEXO EN LA ERA DE
LAS MUJERES DESEANTES

Lenguaje libertino

Este libro intenta contener un lenguaje inclusivo y no sexista. La pretensión es no caer en estereotipos discriminatorios ni en manuales fríos o de laboratorio. La búsqueda es de una libertad dinámica que transpire cambios y pueda ser cambiada. Por eso se intercambian femeninos, masculinos, “x”, “todas y todos” o barras de “ellos/ellas” en la corazonada de letras que convoquen a ser leídas y a abrir fronteras sin corsets ni reglas fijas.

Capítulo 1

Cogeme

–Cogeme.

Es un susurro en el oído, una declamación de lo que ya sucede, un pedido de sexo des-generado de biotipos, un fluir entre lo que se desea y lo que el deseo ya hace con nombrarlo, es montarse a la palabra con el poder del goce, es ser subida por el/le que pide dejarse, es extenderse en el cuerpo del otro más allá del cuerpo porque el otro es la patria y cruzar la frontera es no dejar de ser una.

–Sexteame.

Es acabarse sin tocarse, como la consagración de la poesía.

–Te amé.

Es un piquete a los rodeos que no llevan a nada y aparecen como un fantasma que calienta en invierno sin dejar que el sol moje las palmas de las manos, es la ola que revuelca y extiende el horizonte ante el galope de alzadas sin marea baja (ni calma), es tomar la palabra y dejarse ser tomada, es decidir querer y no solo ser querida, es ser querida porque se quiere y no solo porque se decide, es rogar sin entregarse y es (azarosa y decididamente) descoserse al ruedo.

–Sexteame.

Es un texto que se envía aunque sea inconveniente y no tenga el visto bueno, es desclavar el visto sin que se consuma en santo matrimonio ni polvo intanstáneo, es rajar de ahí donde no te esperan y quedarse con la/el que se banca más que coger, ser cogida.

–Sex.

Es volver mejores/mujeres al poder de donde nos hemos ido para que pueda convertirse en garche-planero no importa si a corto o a largo plazo; que haya un ring para la reina de la beneficencia sin méritos a los ojos de quienes ven el sexo como una performance de rendimiento deportivo porque la contradicción permanente es demandar lo que quita el aire en su propia intemperie.

–Cogeme.

Es una orden para que dejen de dar miedo el deseo y el poder de las que desean también llamarse él o ella o elle, o nombrarse dominatrix para dejar de ser dominadas; señoras que ordenan y no solo placares para descartar todo lo que sobra, sino porque la reforma espera sembrando todo lo que falta. Damas de autoridad –y no de la caridad ajena y el regodeo del descarte– ante las formas del deseo que tienen las curvas de las rutas latinoamericanas, mutiladas por su propio oro, regadas de polvo rojo y sombra verde, sexo puro entre la selva siempre rebelde.

–Sexteame.

Es aceptar el mando del cuerpo propio y del glitter colectivo, en la intimidad rebelada, a ser deseantes y no última en la lista de espera. Es desbiologizar los aullidos, es desmontar las marcas y atravesar las bardas montadas al desmonte, replantadas de sed y saliva y aventurar el tacto. Es invocar a las quemadas para que ardan en la historia y destraben la castidad como guarida de defensa. Es desali-

near la proscripción política de ser candidatas a las listas sábanas.

–Cogeme.

Es demandar sin demonizar la demanda, desear sin esclavizar el deseo al capricho; es proponer sin imponer e irrumpir con la propuesta, sin que las ideas sean robadas por el que la tiene más larga o pone la voz más gruesa; es adobar en pimienta el fuego que no se concreta, pero que llama a la llamarada cuando se invita a venir o a volver a la fiesta con la que se acuesta a la noche, aunque a la noche solo los ojos se cierran esperando abrir las piernas.

–Sexteame.

Es jaderar entre una jauría de huellas digitales que no pueden descifrarse en códigos QR, que escapan del sexo programado o lo buscan; es el guiño risueño de la sorpresa o el plan en el que la piñata destripa caramelos. Es bailar sabiendo que hay una mano que gira y una espalda que mira el ladrido en el que se baja para subir y se lame, como si la ropa no fuera más que el preludio de la coreografía animal en la que tiembla la tierra.

–Te amé.

Es marchar cuando hay democracia, con más plazas que urnas y, cuando hay urnas, en donde el sobre se desliza en la cavidad sin aliento. Es pedir cuando hay escucha; es rogar cuando no hay agachada, sino presión política; es agacharse cuando se arrodilla la impostura y se desobedece a las cartas. Es agradecer cuando no hay deuda; es demandar cuando no hay susto; es ofrecer lo que se quiere en ida y vuelta, es saber darse en forma de dar; es pica en la escondida sin competencia; es intercambiar los cuerpos sin medir la equidad como un termómetro que delata la fiebre y confiar en la generosidad de la cooperación como una forma de amor, de tan clásico, nuevo.

–Cogeme.

Es salir del sex shop. Es un polvo de un segundo tiempo para palpar al desnudo las horas desviciadas de apuro. Es a la manera en que se reinvente o se reconozca el pedido, sin delivery, pero con las fantasías con que cada quien se acueste. Sin dar más explicaciones que la palabra justa.

–Sexteame.

Es coger el deseo por el propio texto.

–Cogeme.

El derecho a desear busca una reciprocidad no forzada. Pero no se acaba en la respuesta. Ni se acaba si se acaba. Porque el impulso es la invitación a apropiarse del derecho al goce como una fiesta.

Se va a caer (¿o ya se cayó?)

La revolución feminista es una revolución del amor.

Una revolución implica un cambio radical en lo que es aceptable, lo que es demandable, lo que es tolerable, incluso, lo que es deseable. Y también abre preguntas –siempre nos abrimos– sobre si podemos moldear lo que deseamos, o desear más allá de los moldes.

“El patriarcado se va a caer” es un grito de avanti, de marcha, de arenga y de complicidad en las calles. El sistema heteronormativo y patriarcal –así con todas las lenguas– no se cayó, sigue y reflota con furia contra las flechas de quienes ya nos rebelamos y ayudamos a rebelarse a las que llegaron y las que llegarán.

Pero si se les baja es que se cayó (tal vez justo cuando menos se espera o se necesita), no el patriarcado, pero sí la prepotencia incuestionada.

No se cayó el sistema, pero algo está caído. Hay mucho por levantar por voltear. La injusticia, la muerte, el abuso, los tiempos de cuidado, la desigualdad salarial y siguen los éxitos.

Sin embargo, no se puede creer que la lista vaya solo para adelante y se tache sola. En cada una de las luchas aparece el opio de las pueblas metiendo la cola (¿o más bien la delantera?): el amor. Hay que morir por amor, trabajar por amor, aislarse por amor, faltar por amor, resignar por amor, aguantar por amor, callar por amor y soltar por amor.

“¿Qué pretende usted de mí?” preguntaba la Coca Sarli, con sus tetas servidas al río de la carne. Pero lo que pretendían no era ni sexo, ni agua, sino que mantengamos la tensa calma. Que nos quedemos, aunque nos peguen, que no salgamos con amigas, que cuidemos al nene si tiene fiebre porque es amor y nos necesita a nosotras para darle el remedio rosa cada seis horas y trapear los vómitos, que ganemos menos porque faltamos más (porque el nene tiene fiebre) y que nos narcoticemos para cortarnos la cabeza a la primera queja. La cajita feliz del amor es una pretensión de sumisión fingida, en donde nuestro mundo debe girar alrededor del amor y en la que siempre perdemos.

El mundo está en transición, con muchas capas sociales, modos de vida y de amorosidad diversas. No hay una sola realidad, sino muchas y simultáneas. En la misma época se viven tiempos históricos diferentes. Lo contemporáneo es una ficción pegada en calendario.

El amor único (la pareja clásica, virginidad hasta el altar y “sí quiero” para toda la vida) no murió, pero está en franca extinción y ya podemos sepultar la imposición de vestido blanco, tradición y propiedad como una fórmula sin atajo.

Al menos que vuelva, como en una película de zombies. Y algo de eso pasa con los neofascismos que parecen el re-

greso de los muertos vivos. Caminan con ojos desorbitados fustigando el final de la familia tradicional, la doble moral, los hombres con coronita y las chicas horneando galletitas. Se hacen los fuertes y caen enfermos.

Aunque quieran mirar al mundo con ojos vidriosos por la época en donde todavía podían mandar, sin pedir permiso, retroceder no es posible.

Los que tienen miedo del futuro y quieren retomar al pasado tienen razón. Los que dicen que las mujeres dan miedo porque buscan el poder tienen razón. Los que dicen que ahora ya no se puede decir cualquier barbaridad por la calle tienen razón. Los que se quejan de que las mujeres están bravas tienen razón. Los que se horrorizan de que ahora no se sabe si los chicos son chicos y las chicas señoritas y tienen razón.

Rompimos todo.

El feminismo volteó la idea pijocéntrica del amor y del deseo. Y no queremos pegarla con la gotita, sino rearmar un juego nuevo, sin las mismas instrucciones y sin saber exactamente cómo rearmar lo que no estaba bien, y que esté bueno lo que vale la pena que quede en pie.

Patear el tablero implica zozobra, caos, miedo, angustia y desencuentro.

Nos bancamos tirar las fichas y que no haya un solo juego.

Antes no había elección, sino destino. Ahora el juego no tiene reglas fijas. Y sí, estamos perdidxs, en una escondida con pica. Nadie dice que sea fácil, pero sí que es mejor. Y que mejor entendamos que había que perderse para volverse a encontrar, pero que no queremos quedar en fuga, sino jugar un juego mejor y sin el mismo uniforme para cada quien y cada cual y en cada momento y lugar.

Desmalezar para poder plantar.

La tierra nueva es una oportunidad.

La fórmula de la felicidad te la debo

“Las mujeres que no sufrimos por amor cada vez somos más. Todavía no nos hemos liberado del dolor ni hemos encontrado la fórmula para ser felices, pero somos conscientes de que lo romántico es político y que estas formas de relacionarnos, de organizarnos y de querernos son posibles”, propone la escritora española Coral Herrera Gómez, en el comienzo del libro *Mujeres que ya no sufren por amor. Transformando el mito romántico*.

“Las mujeres que no sufrimos por amor estamos haciendo la revolución amorosa desde los feminismos: estamos poniendo sobre la mesa la importancia de reinventar el mito romántico para sufrir menos y disfrutar más del amor. Las redes sociales y afectivas, las emociones y los cuidados están en el centro de nuestro pensamiento, nuestro debate y nuestras luchas”, destaca Herrera Gómez, musa de muchas, abridora de caminos, sanadora de roturas sin sentido que cosió con las palabras que proponen amor compañero y desproponen el despropósito del lamento continuo, de ser mendigas de cariño y quedarse donde no nos quieren con la flecha de la historia que nos quiso llorando y esperando a Cupido.

En la estación de tren de Florencia, Italia, en diciembre del 2019 (antes de un mundo sin viajes) una publicidad dibujaba a un Cupido con su arco disparando una flecha subido arriba de una valija acarreada por una chica de remera turquesa, jean y sombrero. Ella tenía un jugo en la mano, promocionado en inglés con las palabras “The best”. “Se rumorea que beber estathé (un juguito de cartón) multiplica las posibilidades de encontrarse con el alma gemela en el tren”, prometía en una promesa irónica de compre ya.

En el amor ya no se prometía. Hasta que el encierro global del Covid-19 volvió a prometer todo lo que se va a ha-

cer “cuando esto termine” aún con el riesgo de incumplir, entrar en default amoroso o no poder concretar lo que se fantaseó. Hay un buen augurio: algo de lo imposible, de la promesa y del amor vuelve a ponerse en marcha, como los trenes, para que el mundo no descarrile en una gran paja.

El cartel estaba para que se flecharan las que viajaban a empezar el 2020. Nadie imaginaba que esa misma ciudad quedaría vacía, el turismo iba a desaparecer como un deporte de riesgo y viajar se convertiría en una excentricidad en el año que nos encerramos en peligro.

El amor no es una flecha, no es el toque de suerte, no es angelical, no es una obra de marketing, no es una vacación en la propia existencia. Y los otrxs no son ni el enemigo, ni los infectados, ni almas gemelas. Pero volver a arquearse es una nostalgia que puede revalorizar todos los caminos en los que ya no nos sorprendíamos.